

LA HISTORIA SOBRE LA BURGUESÍA COMERCIAL CATALANA DEL SIGLO XVIII.

Roberto Fernández Díaz

A lo largo de su historia Cataluña ha sido un país con una fuerte inclinación mercantil. Su situación prepirenaica y su condición de región mediterránea han alentado secularmente la vocación comercial de sus hombres, en especial por el tráfico marítimo. Quizá por ello, los historiadores catalanes (y también numerosos hispanistas) no han regateado esfuerzos en el momento de estudiar la vida mercantil del Principado en sus diversas épocas. Trabajos, sin embargo, me adelanto a afirmar, que se han centrado con mayor asiduidad en identificar las estructuras comerciales (o en su caso industriales) que no en analizar en profundidad la tarea de los hombres que las forjaron y moldearon.

1. Esta afirmación general no adquiere, sin embargo, iguales visos de verosimilitud para todas las épocas, pero resulta especialmente cierta para buena parte de los siglos de la modernidad. En este sentido, bien puede decirse que la imagen que en la actualidad poseemos de los comerciantes de los siglos XVI y XVII está edificada sobre la base de informaciones indirectas, de pequeños retazos que surgen de aquí o de allá en tal o cual investigación.

Todo parece confirmar que la crisis bajo medieval, explicada por P.Vilar (1) como una disociación entre política económica y política imperial, afectó considerablemente al mundo comercial y con ello al grupo de mercaderes que habían levantado un complejo entramado económico y social en el Principado (2). Recientemente, J.Amelang ha afirmado que durante esta época el conjunto burgués perdió considerables fuerzas. Merma numérica, con el paso de ricos comerciantes a la esfera de la nobleza; merma política, con una menor influencia en la vida municipal que se hizo paulatinamente más aristocrática. Ello obliga, a criterio de este

1.- P.Vilar, "Le déclin catalan de bas Moyen-Age. Hypothèses sur sa chronologie" en *Estudis de Historia Moderna*, VI (1956-59), pp. 3-68 (Hay traducción al catalán dentro del volumen *II de Catalunya dins l'Espanya moderna*. Barcelona, 1969 y traducción castellana dentro de la obra *Crecimiento y Desarrollo*. Barcelona, 1964.

2.- C.Carrère, *Barcelona, 1380-1462. Un centre econòmic en època de crisi*. Barcelona, 1977. 2 volúmenes. M. del Treppo, *Els mercaders catalans i l'expansió de la corona catalanoaragonesa*. Barcelona, 1976. Cf. asimismo C. Batlle, *La crisis social y económica de Barcelona a mediados del siglo XV*. Barcelona, 1973. 2 volúmenes y "Notas sobre la familia de los Llobera, mercaderes barceloneses del siglo XV" en *Anuario de Estudios Medievales*. VI (1969), pp. 535-551.

3.- J.S. Amelang, *La formación de una clase dirigente: Barcelona 1490-1714*. Barcelona, 1986.

En el caso concreto de la burguesía mercantil parece cada vez más evidente su pérdida de protagonismo y su definitiva inclinación hacia el rentismo. Al menos eso nos ha recordado, con atinada palabras, R. García Cárcel: "El capital mercantil se fue restringiendo cada vez más. Las dificultades en el comercio catalán -corsarismo, altas tasas de seguros marítimos, falta de competitividad en los mercados- ayudaron a sostener una estructura de capital diseñada para desanimar la iniciativa empresarial" (4).

Para la explicación de esta decadencia comercial de los siglos XVI y XVII se ha utilizado, en buena medida, el doble argumento, exógeno a la propia dinámica catalana, de la exclusión del Principado en el comercio de la Carrera de Indias y la fuerte presencia de mercaderes extranjeros en nuestro tráfico marítimo. Sin embargo, parece cada vez más evidente que ambos fenómenos son consecuencia y no causa del declive mercantil. En el caso de la supuesta exclusión, varios han sido los autores que han insistido en que el monopolio era sevillano y no castellano, que había vías indirectas de intercambio que los catalanes aprovecharon y que si no hubo mayor tráfico con las Américas se debió a la debilidad propia y, en particular, al freno en el crecimiento de las fuerzas productivas (5). En cuanto a la mencionada competencia extranjera, García Cárcel ha efectuado una excelente exposición de la polémica que provocó en el propio seno de la sociedad catalana entre partidarios y detractores de la participación mercantil de los foráneos, especialmente del grupo más nutrido que eran los franceses (6).

La existencia de esta crisis comercial ha parecido actuar como elemento esculpatorio para no llevar a cabo investigaciones acerca de los grandes mercaderes de estos dos siglos. No obstante, a mi criterio, dos datos no deben ser olvidados. El primero viene referido a la Matrícula de Mercaderes, analizada por J.Cabestany Fort (7), que siguió reteniendo en su seno importante núcleo de mayoristas: en el siglo XVI se encuadraron en sus filas 355 mercaderes, reduciéndose a 281 tras las dificultades de mediados del XVII. El segundo dato a recordar ha sido más tenido en cuenta por nuestra historiografía. Se refiere a la recuperación comercial del último cuarto del siglo XVII, bien delimitada por P.Vilar (8) y C.Martínez Shaw (9). Una recuperación periférica que en el caso de Cataluña ha venido presidida por un nombre propio: Narcís Feliu de la Peña.

La vida y obra de este personaje, de su familia y sus socios, nos es hoy relativamente bien conocida, hasta el extremo que bien podría afirmarse que su trayectoria representa el conocimiento más apurado que poseemos sobre los comerciantes de toda esta larga época de nuestra historia. F.Rahola fue el primero en ponernos sobre la pista, rápidamente continuada por J.Carreras Pujal, que fue de hecho su descubridor historiográfico (10), por P.Vilar quién

4.- R.García Cárcel, *Historia de Cataluña, siglos XVI-XVII*. Barcelona, 1985, vol. I, p 264.

5.- P.Vilar, *Catalunya dins...*, vol II, pp 249-250. C.Martínez Shaw, "Catalunya y el comercio con América. El fin de un debate" en *Boletín Americanista* n30 (1980), pp 223-236. Hay una buena exposición historiográfica sobre el tema en J.M. Delgado, "Les activitats mercantils a l'època moderna: l'inici del comerç de Catalunya amb América" en *El comerç en el marc econòmic de Catalunya*. Barcelona, 1983, pp 101-112.

6.- R.García Cárcel, *Historia de Cataluña...* vol I, pp 278-284. E.

Giralt, "La colonia mercantil francesa de Barcelona a mediados del XVII", *Estudios de Historia Moderna*, VI (1956-1959), pp 217-278. Del mismo autor puede consultarse su tesis doctoral inédita *El comercio marítimo de Barcelona entre 1630 y 1665. Hombres, técnicas y direcciones del tráfico*. Barcelona, 1957.

7.- J.Cabestany Fort, "Nómina de la Matrícula de "mercaderes" de Barcelona (1479-1696). Aportaciones a la historia económica y social de la ciudad" en *Documentos y Estudios*, vol XIII (1964), pp 167-183.

8.- P.Vilar, *Le manual de la "Compagny nova" de Gibraltar, (1709-1723)*, París, 1962.

9.- C.Martínez Shaw, *Cataluña en la Carrera de Indias*. Barcelona, 1981.

10.- J.Carreras Pujal, *Historia económica y política de Cataluña*. Barcelona, 1947.

le otorgó el valor de síntoma y símbolo (11) y, más recientemente por H.Kamen (12) y P.Molas (13). El problema radica en que por falta de estudios sobre otros personajes del mundo de los altos negocios catalanes del Seiscientos no podemos saber hasta qué punto es lícito afirmar que sus actitudes son paradigmáticas para comprender el comportamiento grupal o, por el contrario, en qué medida, por su propia excepcionalidad, Feliu de la Peña no es tan representativo como pudiera pensarse. De hecho, incluso, parece ya demostrado que, sin abandonar por completo sus contactos con el mundo de los negocios, Feliu de la Peña hizo más de letrado e "intelectual" publicista al servicio del mundo mercantil y del grupo de grandes mercaderes, que no de comerciante práctico en su profesión.

De cualquier modo, resulta evidente que con esta única información sobre el pensamiento y la obra de este personaje, no podemos seguir caminando con seguridad a la hora de explicar el comportamiento global de la burguesía mercantil del Seiscientos. El declive comercial catalán, sobre el que realmente tampoco poseemos demasiados datos, supuso en efecto un retraimiento de la actividad profesional comercial y por ende una disminución, no excesivamente brusca, de los hombres interesados en ella, pero nunca su drástica desaparición.

En una sociedad como la catalana alguien seguía comprando y vendiendo al por mayor, con o sin América, con o sin comerciantes extranjeros. La nómina de la Matrícula de Mercaderes y el mantenimiento secular del importante Consejo de los Veinte son buena prueba de ello. Y estos datos nos obligan a pensar que hasta no tener un estudio global de este sector social (estructura de negocios e inversiones, modos de vía, pensamiento económico, estrategias políticas, etc), nos seguiremos moviendo en un mundo de especulaciones. Supuestos que no permiten establecer comparaciones adecuadas con las aportaciones que el resto de la historiografía hispana ha señalado para otros núcleos de grandes comerciantes peninsulares. Así, de no solucionarse este vacío historiográfico, seguiremos viendo la historia de la alta burguesía catalana de la modernidad como un falso gaudiana: una burguesía esplendorosa en el medioevo, una burguesía brillante y emprendedora en el Setecientos y, en medio, una burguesía que pese a ocupar doscientos años de nuestra historia aún no le hemos dado el derecho que se merece a estar en ella.

2. Por fortuna, este desierto historiográfico no tiene tanta arena en el caso de los trabajos dedicados a la burguesía mercantil catalana del Setecientos. No es que la situación sea plenamente satisfactoria, pero sin duda es harina de otro costal. El estudio de la recuperación económica ilustrada ha llevado con frecuencia a nuestros historiadores a ocuparse de los hombres que la protagonizaron, al análisis de las vanguardias económicas (y en su casi también de los hombres de Estado).

En efecto, a lo largo de la centuria setecentista varios fueron los factores que animaron a catalanes de todas las condiciones sociales y de todas las procedencias geográficas a frecuentar las actividades mercantiles y/o industriales. Y, desde luego, en consonancia con la propia tradición del Principado, no faltaron los que hicieron del comprar y vender a la gruesa su actividad primera y principal. El litoral fue el lugar idóneo para ver proliferar a estos hom-

11.- P.Vilar, *Catalunya dins...*, vol III, pp 391-400.

12.- H.Kamen, "Narcís Feliu de la Peña i el Fénix de Catalunya", estudio introductorio a la reedición del libro de Narcís Feliu de la Peña, *Fénix de Catalunya. Compendio de sus antiguas grandezas y medio para renovarlas*. Barcelona, 1683. (La reedición se efectuó en Barcelona en el año 1983). Cf asimismo H.Kamen, *La España de Carlos II*. Barcelona, 1981, pp 123-140.

13.- P. Molas Ribalta, "La companyia Feu Feliu de la Peña (1676-1708). Comerç de teixits vers el 1700", en Cuadernos de Historia económica de *Cataluña* vol XII (1974), pp 77-126; "La represa catalana de 1680-1700. Narcís Feliu de la Peña" en represa catalana de 1680-1700. Narcís Feliu de la Peña" en *Comerç i estructura social a Catalunya i València al segle XVII y XVIII*. Barcelona, 1977, pp 70-120; "A tres-cents anys del Fénix de Catalunya. Recuperació i reformisme econòmic sota Carles II" en *Pedralbes*, 3 (1983), pp 147-175.

bres y Barcelona el lugar privilegiado para su ubicación. Individuos que ante el aumento demográfico experimentado por la Monarquía a una banda y otra del Atlántico, ante la subida secular de las rentas agrarias, ante el empuje experimentado por los precios en buena parte de Europa y ante la protección, a veces ciertamente vacilante, que la administración borbónica dió a las actividades comerciales e industriales, no dudaron en aportar por el mundo mercantil en el que podían, con pericia y perseverancia, edificar importantes fortunas. Una vida comercial, además, que iba siendo considerada paulatinamente como una actuación no derogatoria de nobleza y aún compatible con la misma.

En este ambiente general, quienes aspiraban a la riqueza y a la ascensión social y no eran depositarios de importantes bienes raíces, podían encontrar en el comercio la actividad promocional. Desde luego, ejemplos no faltaban. Con estas condiciones, el número de gentes que pasaron a dedicarse al oficio de mercadear al por mayor fue aumentando conforme avanzaba la centuria. Su labor, su función económica no era sustancialmente diferente de la de sus antecesores, porque el ordenamiento económico feudal seguía esencialmente indemne y bien puede decirse en este sentido, sin temor a error grueso, que entre los mercaderes bajomedievales y los mayoristas setecentistas se dieron rasgos de continuidad evidentes y fundamentales. Pero, al tiempo, el oficio se iba haciendo más complejo, la transcendencia económica y política del mismo más significativa y en prestigio social empezaron a tutearse con las capas intermedias de la nobleza. Esta evidente relevancia de los grandes mayoristas en la centuria ilustrada, ha llevado a las sucesivas hornadas de estudiosos e historiadores catalanes, incluso a los propios coetáneos, a fijar su mirada en ellos. Veamos sus tonos y sus intensidades.

Los propios coetáneos fueron los primeros en ofrecernos testimonios del auge que el núcleo mercantil fue adquiriendo en el Principado a lo largo del XVUIII. Entre ellos, los viajeros merecen especial mención. Sus aseveraciones resultan, sin duda, heurísticamente peligrosas, pero poseen la ventaja de estar edificadas por verdaderos profesionales del viaje que seguían a pies juntillas el plan delineado por J.J.Rousseau en su Emilio. Y la no menor conveniencia de ser unas aportaciones llenas de inmediatez y frescura¹⁴. Personajes como Aubry de la Montraye, Esteban de Silhouette, Giuseppe Baretti, François Peyron o Alexandre de Laborde, percibieron de forma clara y distinta el auge del comercio y la importancia social de los comerciantes. Este último, a finales del siglo, ofrecía la imagen definitiva de esta situación:

Barcelona es el centro del comercio de toda Cataluña a dónde acuden todos los extranjeros para hacer las grandes especulaciones, que abrazan todos los puntos diferentes del comercio particular de los otros puertos de la península y adónde se aboca una gran parte del numerario que la América española envía todos los años a la Metrópoli. Su puerto está siempre lleno de buques que buscan las producciones de una gran parte de la provincia..." (15)

14.- Sobre los viajeros ilustrados que visitaron Cataluña puede consultarse: G. Ribbans, *Catalunya i Valencia vistes pers viatgers anglesos del segle XVIII*. Barcelona, 1955. R.Fernández Díaz, "Els observadors de la Il·lustració, en *L'Avenç*, 51 (1982), pp 58-65. M. Garriga Ginesta, "Barcelona vista pels viatgers del segle XVIII", en *Primer Congrés d'Historia Moderna de Catalunya*. Barcelona, 1984, vol I, opop 587-591. Es también de suma utilidad consultar R.Fouché-Delbosq, "Bibliographie des voyages en España et Portugal", en *Revue Hispanique*, París, 1986. A.Farinelli, "Viajes por España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XIX", en *Divulgaciones Bibliográficas*. Madrid, 1921. Una excelente selección de textos puede encontrarse en J.García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal, siglo XVIII*. Madrid, 1962. También es sumamente útil consultar M.E. Pérez-Villamil, *España vista por historiadores y viajeros italianos (1750-1799)*, Madrid, 1980.

15.- A.de Laborde, *Itinerario descriptivo de las provincias de España y de sus islas y posesiones en el Mediterráneo*. Valencia, 1816, p 16.

Pero no sólo los extranjeros eran conscientes de esta situación y la describían reiteradamente desde la segunda mitad del siglo, sino que los propios súbditos de la Monarquía que aspiraban a ejercer la crítica social moderada la ratificaban frecuentemente. José Cadalso dejaba testimonio de ello en sus *Cartas Marruecas*, publicadas póstumamente en 1789. En una epístola de Gazel a Ben-Ley, en la que pasa revista a la multiplicidad de pueblos que componían la Monarquía, y en la que se atendía a la descripción de sus respectivas habilidades y a la idiosincracia de sus “caracteres nacionales”, Cadalso se pronunciaba así:

“Los catalanes son los pueblos más industriosos de España. Manufacturas, pesca, navegación, comercio y asientos, son cosas apenas conocidas de los demás pueblos de la península, respecto de los de Cataluña. No sólo son útiles en la paz, sino del mayor uso en la guerra. Fundición de cañones, fábricas de armas, vestuario y montura para ejército, conducción de artillería, municiones y víveres, formación de tropas ligeras de excelente calidad, todo esto sale de Cataluña. Los campos se cultivan, su población aumenta, los caudales crecen y, en suma, parece esta una nación a mil leguas de la gallega, andaluza y castellana. Pero sus genios son poco tratables, únicamente dedicados a su propia ganancia e interés. Algunos los llaman los holandeses de España” (16).

Cadalso, entre la admiración y el reproche, lo deja sentenciado: Cataluña era sinónimo de crecimiento económico. Y ese hecho era la condición diferencial con el resto de los pueblos de España. El comercio y los grandes comerciantes emergían como un punto de obligada referencia.

3. No es extraño, pues, que esta imagen fresca y parcial de época, aportada por los propios contemporáneos, haya despertado la curiosidad de los historiadores. Interés que nos ha permitido disfrutar de un cúmulo de investigaciones que desde motivaciones distintas, metodologías diferenciadas y tratando variados aspectos, han arrojado luz sobre los diversos comportamientos del sector comercial catalán y de los grupos sociales que operaron en su seno.

A estos últimos, con los grandes comerciantes a la cabeza, le ha dedicado una evidente atención lo más granado de la historiografía de cada época. Una atención que ha tenido en casi todos ellos un hilo conductor, un común denominador: una indisimulada simpatía por los grandes mayoristas catalanes, recurrentemente considerados como portadores embrionarios del auge económico y el progreso social. Unos comerciantes mayoristas a los que buena parte de la historiografía ha considerado situados en el verdadero origen de la burguesía catalana contemporánea. Dicho brevemente, la valoración de estos importantes personajes ha sido edificada haciendo un desmesurado énfasis en lo “nacional” y relegando a un segundo plano cualquier de consideración de clase: lo que hicieron los comerciantes era lo que convenía al futuro de la nación.

16.- J. de Cadalso, *Cartas Marruecas*, Madrid, 1789, pp 68-69 (La Edición consultada es la publicada por la Editorial Ebro, Zaragoza, 1975). Para entender con precisión el texto reproducido debe tenerse en cuenta que las Cartas fueron escritas por Cadalso muchos años antes de su publicación, probablemente hacia mediados de la centuria.

Tal afirmación puede encontrar su primera línea de verificación en el análisis de la opinión de dos de los más destacados historiadores contemporáneos. Antoni de Capmany, fue encargado por la propia burguesía comercial barcelonesa, encuadrada en la Junta de Comercio, para que buscara en los tiempos medievales a sus más directos y afamados predecesores (17). El objetivo político aparente de las memorias, era buscar el estímulo al trabajo y a la creación de riqueza mediante la emulación de los industrioses antepasados:

“Así, pues, con esta experiencia acreditada en todos tiempos y países, está persuadida que contrahiendo (SIC) la memoria de los sucesos antiguos a la historia política de la patria, podrá encender los ánimos de los Catalanos aplicados una feliz ambición no sólo de igualar sino de aventajar aun a sus abuelos en gusto, invención e inteligencia. Estos efectos deben con tanta más razón esperarse, cuanto las costumbres laboriosas y gran parte de las virtudes civiles que sostuvieron la industria y al espíritu mercantil en aquella provincia, se han conservado por una dichosa tradición, para resataurarlos con nuevas ventajas, hasta nuestros tiempos, colmados de gloria y prosperidad” (18).

Y, sin duda, los actores de este resurgir, Borbones aparte, eran los grandes comerciantes creadores de los Tres Cuerpos de Comercio. *Las Memorias históricas sobre la Marina, Comercio y Artes de la ciudad de Barcelona*, debían servir como parte destacada de un plan de justificación histórica de la burguesía setecentista consolidada. Estaban actuando dentro de la tradición y su papel no era otro que seguir la senda gloriosa que para Cataluña había representado siempre la labor de los grandes mayoristas. A Capmany se le pagó para hacer de historiador, pero su labor tenía, para la propia burguesía comercial, un valor añadido de importancia estratégica singular desde un punto de vista de su configuración como clase: hacer retenir en la “memoria” de sus contemporáneos que ellos no estaban allí como un cuerpo nuevo y extraño sino como parte de lo mejor de la tradición del propio país. De ahí que los comerciantes setecentista suspiraran, hasta conseguirlo, por la ocupación de la antigua Lonja de Mar.

Eugenio de Larruga, historiador de oficio al servicio de la Junta General de Comercio, Moneda y Minas nos ofreció asimismo una valoración altamente positiva de los comerciantes catalanes (19). Larruga hizo una clara defensa de la labor realizada por la Junta Particular de Comercio de Barcelona (es decir, por los grandes comerciantes y/o industriales) como delegada de la General del Reino, y puso toda su erudición, que a no dudar era muy abundante, al servicio de la Particular en sus pleitos con otras instituciones y sectores sociales catalanes. A pesar de que en su obra intentó mantener un tono de historia institucional, aséptica en la exposición de los hechos, la simpatía por la labor realizada por los comerciantes encuadrados

- 17.- A. de Capmany i Monpalau, *Memorias Históricas sobre la Marina, Comercio y Artes de la ciudad de Barcelona*, 1792. Sobre la obra de Capmany y su importancia historiográfica puede consultarse P.Vilar, “Capmany del Centre Excursionista de Catalunya XLIII, Barcelona, 1933, pp 146-154 (Hay reedición en *Assaigs sobre la Catalunya del segle XVIII*. Barcelona, 1973, pp 83-90). R.Grau y M.López Guallar, *Ictineu, Diccionari de les ciencies socials als Països Catalans*. Barcelona, 1979, pp 98-100; “El pensament historiogràfic d’Antoni de Capmany de la Il·lustració al Romanticisme”, en vol II, pp 589-596.
- 18.- A.de Capmany, *Memorias Históricas...* vol I, p 5 (La edición consultada es la publicada por la Cámara Oficial de Comercio y Navegación, Barcelona, 1961).
- 19.- E.Larruga Boneta, *Historia de la Real y General Junta de Comercio, Moneda y Minas y dependencias de extranjeros*. 11 volúmenes. Madrid, 1788 (Los volúmenes se encuentran en la actualidad en el Archivo y Biblioteca del Ministerio de Hacienda)

en la Particular es indisimulable. Para Larruga los catalanes representaban el progreso y los comerciantes eran su más claro paradigma.

4. Sin embargo, este tipo de historiografía, próxima a los planteamientos de los propios mayoristas, pero de indudable valor desde el punto de vista de su carácter positivo y de su preocupación por los acontecimientos económicos y sociales, no tuvo seguimiento durante nuestro siglo XIX. La inauguración de la historia económica de Capmany se ahogó en sí misma por más de un siglo. La única excepción nos viene no por un historiador sino, precisamente, por un antiguo y afamado comerciante barcelonés, que durante muchos años fue secretario de la Junta Particular de Comercio: Antoni Bonaventura Gassó. Una salvedad que, desde luego, está edificada desde un indisimulado intento de avalar las posiciones proteccionistas de la Junta de Comercio y con ello las actuaciones económicas, sociales y políticas de los comerciantes, con un especial hinchamiento de pecho en la labor cultural de los mismos (20). Es difícil pensar que la apuesta de Gassó podía haber sido otra cuando él fue directo actor de las empresas que narra en su obra.

Los pasos de Gassó, a principios del ochocientos, apenas tuvieron continuidad por parte de los historiadores profesionales de la centuria. En el caso de la historiografía de la Reinai-xença, bien preocupada como estaba por las señas políticas y culturales de la identidad catalana y por la cristalización historiográfica de una serie de mitos que dieran continuidad nacional (21), no es necesario insistir en que los temas económicos y sociales de la centuria anterior no fueron santo de su devoción. El siglo ilustrado se resolvía en el tratamiento de sus extremos: la Guerra de Sucesión y la de Independencia.

Un escritor como Víctor Balaguer es un buen paradigma del anterior aserto. El subtítulo de su famosa *Historia de Cataluña y la Corona de Aragón*, deja bien a las claras sus verdaderas intenciones: "Escrita para darla a conocer al pueblo, recordándole los grandes hechos de sus ascendientes en virtud, patriotismo y armas y para difundir entre todas las clases el amor al país y la memoria de Glorias pasadas". Con estos objetivos no era la historia económica y la social la que debía tener mayores atenciones: los grandes hechos bélicos y políticos son los que calan más en el pueblo y, por tanto, los que más eficazmente permiten retener la memoria histórica como elemento básico para seguir manteniendo el amor a la nación y la confianza en su futuro. Y es sabido que los comerciantes, en general, no casaban con los militares, aunque algunos pudieran hacer negocios de la guerra. La historia es lo político de ahí su afirmación de que Cataluña durante el siglo XVIII viviera sin historia y en decadencia y la economía y los conflictos sociales son secundarios. Resultado, de los comerciantes ni una línea. (22)

Parecido análisis podría hacerse de la obra de Antoni Bofarull i Broçà, *Historia crítica (civil y eclesiástica) de Cataluña*, publicada entre 1876 y 1878. Aunque más profesional, erudita y positiva que la anterior, lo cierto es que también en ella lo político y lo diplomático acaban ahogando los breves discursos económicos (23). Igual que ocurre en las publicaciones de carácter más divulgativo, pero ligadas también al catalanismo político, de A. Aulèstia i Pi-

20.- A. B. Gassó, *España con industria fuerte y rica*. Barcelona, 1816. De parecidas posiciones es el marroquín Guillen Oliver, hombre comisionado por la Junta particular para el estudio de diversos asuntos económicos. En este sentido es útil consultar sus *Memorias Económico políticas. Escritas en diversas épocas y con diferentes motivos para la prosperidad de España*. Tarragona, 1820. (Para el estudio de estos dos personajes Cf E. Lluch, *El pensament econòmic a Catalunya*. Barcelona, 1973, pp 211-259).

21.- LL.Prats, *El mite de la tradició popular*, Barcelona, 1988.

22.- V. Balaguer, *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón*. Barcelona, 1861-1863 (5 volúmenes). vol V, p. 393

23.- A. de Bofarull i Broca, *Historia crítica (civil y eclesiástica) de Cataluña*. Barcelona, 1876-1878 (9 volúmenes), Vol IX.

joan (24), que si bien aparecen ya influenciadas por el rigor historiográfico positivista, no por ello rebasarán la barrera de lo político-cultural como elemento definitorio del pasado histórico.

Es evidente que, en estas condiciones historiográficas, los grandes mayoristas catalanes iban a esperar bastantes años para volver a recuperar la atención eficaz de los historiadores. Tal parece como si, en el momento mismo en que la burguesía iba consolidándose entre nosotros como clase rectora, no tuviera el más mínimo interés en construirse su propia historia. Y posiblemente cabe pensar que, estratégicamente, se conformara con una historia político-diplomática que cantaba las gestas generales de nuestro pueblo, mejor que con una historia de los negocios y de sus protagonistas. En cualquier caso, los historiadores no estaban por la labor y los burgueses catalanes no gozaban presionarlos para cambiar de ruta.

5. Esta situación dió en cambiar a principios de nuestro siglo. El giro no vino de la mano de la comunidad historiográfica sino de personajes que se sentían herederos directos de los mercaderes setecentistas, individuos que reclamaban de los profesionales una mayor atención por estos temas. Una burguesía ya plenamente consolidada empezaba a buscar en la retina del pasado su propia tradición. Estudiosos ligados a la burguesía catalana, bien orgánicamente desde la propia Cámara de Comercio o bien desde el plano ideológico, fueron los encargados de satisfacer la petición. Creo que bien puede decirse que fruto de la misma son el trabajo de A. Ruiz y Pablo sobre la obra de la Junta Particular (25) y las aportaciones de F. Rahola sobre el comercio de Cataluña con América en el siglo XVIII (26).

De un indudable valor erudito y edificadas con el aliento de la burguesía catalana agrupada en la Cámara Oficial de Comercio, ambas tienen el proyecto común de reivindicar los orígenes históricos de la burguesía catalana de principios de siglo en su homónima setecentista. De ahí que la valoración de esta última difícilmente pudiera escapar a la complacencia y la complacencia. Una muestra. La obra de Ruiz y Pablo, que aborda la organización interna de la Junta Particular, la labor realizada en el campo económico (agricultura, industria y comercio), así como los problemas de sustento financiero que la Junta de Comercio tuvo, es un claro ejemplo de reivindicación acrítica y de clase del pasado, de la simpatía y el orgullo que al autor le proporcionaba el estudio de la tarea de los vocales comerciantes de la Junta. Sus propias palabras introductorias al libro lo dejan bien a las claras:

“Por lo que respecta a Cataluña, no fue obra de Carlos III ni de Fernando VI la constitución de la Junta Particular de Comercio, sino simple concesión suya a las solicitudes y apremios del comercio, la agricultura y la industria de Barcelona, que apenas empezaron a reponerse del tremendo abatimiento y la ruina que siguió a la guerra de Sucesión pensaron en prosperar y engrandecerse, dando ejemplo de una elasticidad asombrosa. Y Cataluña se repuso y su comercio empezó a florecer y nació entonces la industria fabril algodonera y renacieron otras y empezó a desenvolverse la navegación, aun con angustias mortales ante los tanteos, y a veces palos de ciego que en materias contributivas y arancelarias daba de cuando en cuando el gobierno de la nación, angustias que no cesaron jamás. Entre estas angustias y perplejidades y de entre las ruinas que había dejado la guerra, nació la Junta de Co-

24.- A. Aulèstia i Pijoan, *Historia de Catalunya*. Barcelona, 1887. Sobre la historiografía catalana de esta época puede consultarse M. Barceló, B. de Riquer, E. Ucelay da Cal, “Sobre la historiografía catalana”, en *l’Avenç*, n 50 (1982), pp 68-73.

25.- A. Ruiz y Pablo, *Historia de la Real Junta Particular de Comercio de Barcelona (1758-1847)*. Barcelona, 1919.

26.- F. Rahola, *Del comerç antic i modern de Tarragona*. Barcelona, 1911. *Las relaciones comerciales de la Compañía de Barcelona con Indias*. Barcelona, 1919. *Comercio de Cataluña con América en el siglo XVIII*. Barcelona, 1931.

mercio. El que sepa leer entre líneas a cada paso notará esta angustia, al ver en peligro en cada momento lo que con tantos esfuerzos se había logrado edificar, pues la seguridad, no de la Junta, sino de lo que a su celo y vigilancia se había encomendado, estuvo siempre bajo la amenaza. Así la obra de la Junta de Comercio es una obra de trabajo, de celo y perseverancia, que todavía no se ha apreciado bastante, y que merece honda gratitud y eterna memoria” (27).

En esta larga cita quedan plasmadas, en gran medida, tanto la corriente de opinión que forjada por Bonaventura Gassó y los propios hombres de la Junta de Comercio se había consolidado sordamente durante el XIX, como la línea interpretativa que iba a dominar en buena parte de nuestra propia centuria: un Estado vacilante, ineficaz y siempre a remolque frente a una burguesía local virtuosa, emprendedora y propiciatoria de la riqueza de Cataluña. Si la burguesía va bien, Cataluña irá bien. Y para ello el Estado debe ser diligente y protector. B.Amengual, a la sazón presidente de la Cámara de Comercio, compartía ampliamente la visión de Ruiz y Pablo desde la perspectiva empresarial: la erudición del historiador no estaba reñida con la ideología del empresario (28).

El caso de la producción historiográfica de F.Rahola no se distanciaba en demasía de esta línea interpretativa. En buena medida, los estudios eruditos de estos autores se veían reflejados en una obra de indudable influencia en la formación ideológica del catalanismo. Me refiero a *L'Aptitud econòmica de Catalunya* escrita por C.Pi y Sunyer (29). En síntesis, para Pi y Sunyer el “carácter nacional” catalán estaba fuertemente influido por las aptitudes económicas de los propios catalanes, entre las que el comercio, y por supuesto también la industria, destacaba poderosamente, teniendo entre los comerciantes setecentistas a destacados protagonistas. En la recuperación económica de Cataluña los grandes mercaderes y su Junta de Comercio fueron una piedra angular, por más que, ciertamente, Pi y Sunyer otorgue al Estado una importancia que anteriores autores había contribuido poderosamente a crear entre los catalanes un “carácter nacional” nucleado en torno al trabajo, el ahorro y la pericia comercial.

Después de las obras de Ruiz, Rahola y Pi, se volverá a producir un guadiana historiográfico sobre estos temas, al no aparecer entre nosotros hasta tiempo después de acabada

27.- A.Ruiz y Pablo, *Historia de la Real Junta...*, pp 3-4

28.- En la nota preliminar a libro de Ruiz y Pablo, un miembro destacado de la Cámara Oficial de Comercio como era B. Amengual, expresaba sin recato su entusiasmo por la obra de la Junta y reivindicaba para su grupo dicha tradición al tiempo que solicitaba que se imitara su trayectoria:

“La admiración y respeto que engendran en nuestra alma las obras conservadas y las noticias transmitidas de la Real Junta Particular de Comercio de Barcelona se acrecenta en términos, leyendo las páginas del libro de Ruiz y Pablo, que nos parece asistir como una transfiguración; los epítetos consagrados por el uso para calificar a la Junta se nos antoja entonces cosa ajada y descolorida, y sentimos impulsos vehementes de proclamar con exaltación que tanta grandeza en el ánimo y en los actos bien merecen de la mediocridad presente culto más fervoroso. Porque a medida que se va avanzando en el conocimiento de cuantas magnas empresas acometió, de a cuantas dió cima con perseverante esfuerzo aquella Corporación, y se adquiere concepto de la alteza de miras en que inspiraba su gestión fecundísima, de la amplitud de sus concepciones, de la generosidad de su espíritu, de la abundancia de sus iniciativas sensatas y atinadas, de sus nobles entusiasmos por todo cuanto signifique progreso real y fomento de los grandes intereses patrios, de sus abnegaciones, de su labor generalmente metódica, ordenada, reflexiva, de la dignidad con que supo sostener sus prerrogativas y sus prestigios y defender con ánimo valeroso y sereno su obra redentora, no puede menos también de sentirse ennoblecido y dignificado quien quiera hoy concebir el propósito de seguir, como parte integrante de una colectividad, o de aconsejar que otros sigan, las huellas de tan excelente institución” (p X).

29.- C. Pi i Sunyer, *L'aptitud econòmica de Catalunya*. Barcelona, 1927.

nuestra contienda civil. El primero en reabrir el frente, siguiendo la línea interpretativa de los autores arriba reseñados, será un historiador que compartía su oficio con el de empleado de la Cámara de Comercio. Nos referimos, obviamente, a la obra de J.Carrera Pujal (30). Tres son los principales focos de preocupación de este autor: el proceso de institucionalización de la burguesía en los Tres Cuerpos de Comercio, la tarea económica de la misma y la labor cultural que llevó a cabo en la Barcelona del XVIII. Trabajos de naturaleza eminentemente erudita, con un programa de estudio cronológico e informativo, que se muestra parco en cuanto valor interpretativo aunque, en cualquier caso, pone a los comerciantes (e industriales) catalanes en el epicentro de la recuperación económica setecentista, relegando a un plano muy secundario las acciones del estado borbónico.

En la práctica las investigaciones de Carrera, no exentas de problemas heurísticos, se convierten en un verdadero catálogo documental al servicio de la complacencia de sus superiores. No puede decirse que la valoración positiva de los comerciantes este explícitamente formulada en sus libros, sobre todo por la escasez de ideas sólidas a defender, pero sí que la encontramos implícitamente expuesta en la defensa puntual, a veces vehemente, de las acciones de los comerciantes en los diversos temas en los que intervinieron, tanto frente al Estado como ante el resto de sectores sociales catalanes de la época. Su admiración por la obra de la Junta de Comercio, por la actividad emprendedora de los mayoristas, por las escuelas gratuitas es difícilmente contenible aun en el marco de su "aséptica" erudición.

La última de las aportaciones de este tipo de historiografía erudita y apasionada por la labor de la burguesía setecentista la representa, durante esta época, el libro de P.Romeva Ferrer, *Historia de la Industria catalana* (31). En esta obra, Romeva considera que el Setecientos catalán no sólo es un siglo de recuperación sino también de profundos y trascendentes cambios en la vida económica del país. Y estos cambios son fruto del hibridaje de dos iniciativas: la del nuevo estado Borbónico y la del pueblo catalán encabezado por su burguesía. burguesía que en el caso de Romeva, y este es sin duda uno de sus méritos, no únicamente es comercial sino, a partir de la segunda mitad del siglo, también industrial. Aunque fuera una ironía del destino, el pueblo más odiado por la nueva dinastía fue el que supo aprovechar mejor su tímido, vacilante pero efectivo proteccionismo económico de corte colbertista. Y para dirigir toda la nueva situación el país contará con una clase nueva y emprendedora:

"I per a resumir, orientar i dirigir els esforços apareixerà la Junta Particular de Comerç de Barcelona, organisme de gloriosa historia que, durant tres quarts de segle, ha de lluitar per l'engrandiment econòmic i cultural de la nostra terra. Els avenços de la tècnica, les primeres manifestacions del capitalisme industrial, seguiran de prop, o acompanyaran, aquests fets. I tot plegat treballarà sobre un afany d'aprofitar totes les oportunitats, de multiplicar l'esforç que, baldament sigui concetrat més que res en las iniciatives individuals, no farà esperar els seus fruits i superarà el contratemps amb una acumulació de redoblades energies" (32).

30.- La extensión de la obra de Carrera Pujal es de una indudable magnitud. Entre los estudios principales referidos al XVIII catalán, y más particularmente a los que contienen información sobre los comerciantes, cabe citar: *Historia de la economía española*. Barcelona, 1943-1947 (5 volúmenes); *Historia política y económica de Cataluña, siglos XVI al XVIII*. Barcelona, 1946-1947 (4 vol); *La Barcelona del segle XVIII*. Barcelona, 1951 (2 vol); *La Lonja del Mar y los Cuerpos de Comercio de Barcelona*. Barcelona, 1953; *La Enseñanza profesional en Barcelona en los siglos XVIII y XIX*. Barcelona, 1957. Una somera pero útil valoración historiográfica de la obra del erudito catalán puede leerse en Grau y M.López-Guallar, *Ictineu...*, pp 102-103-

31.- P.Romeva Ferrer, *Historia de la industria catalana*. Barcelona, 1952

32.- *Ibidem...* vol I, p 151.

Queda bien patente quién, entre las clases sociales del Principado, asumía el protagonismo y la dirección de la vida económica. Romeva seguía por la senda trazada por Gassó, Ruiz y por Carrera Pujal: el siglo XVIII catalán era un siglo de comerciantes e industriales que nos pusieron en la senda de la modernidad, es decir del capitalismo industrial.

6. Pero los años cincuenta vieron llegar a la historiografía catalana preocupada por estos temas a una de sus más insignes figuras: Jaume Vicens Vives. Una vez dejada su etapa de medievalista, Vicens centrará su atención en la centuria setecentista, con especial énfasis en el análisis social de los mayoristas barceloneses. En efecto, en 1954, Vicens publica su conocido artículo "Coyuntura económica y reformismo burgúes", en el que manifiesta con claridad su preocupación por la formación de la clase burguesa en la Cataluña contemporánea (33). Una inquietud que culminará tiempo después en *Industrials i Politics* (34), que como bien a puesto de manifiesto recientemente Alejandro Sánchez, no era sino la consecuencia directa de una preocupación política: fomentar la construcción de un núcleo activo de burguesía emprendedora en lo económico y catalanista en lo político (35). De echo, parece como si Vicens estuviera persuadido de que la burguesía había llevado las riendas del país y que para continuar siendo su clase rectora, cosa indispensable para la salvaguardia del Principado, debía romper sus ligaduras con el franquismo más rancio, recuperando la capacidad de conducir Cataluña (36).

Desde esta concepción, resultaba indispensable iniciar un plan investigador centrado, en primer lugar, en el estudio de los comerciantes y fabricantes catalanes, especialmente los barceloneses, de los siglos XVIII y XIX. Máxime si tenemos en cuenta que par Vicens, y en esto sigue a Larra, los comerciantes barceloneses eran los únicos, junto a los gaditanos, que merecían el justo calificativo de burgueses en la España del Setecientos.

Partiendo de los estudios realizados hasta entonces por P.Vilar sobre la coyuntura económica catalana, Vicens establece su paradigma explicativo nuclear: mayor crecimiento económico implica mayor desarrollo del grupo social burgúes, que se encontraba a su vez en mejores condiciones para presionar a los gobiernos de la Monarquía. Un Estado que ocupaba, en la interpretación de Vicens, un lugar de refrendo en el proceso de crecimiento económico catalán y que se veía apremiado, aunque levemente claro está, mediante el dinero y la "técnica", por una burguesía que si bien no poseía una "orientación política definida", si reclamaba cambios en los aspectos prácticos concretos (37).

En una palabra, una burguesía incipiente, nucleada alrededor de tres generaciones de comerciantes y/o fabricantes, que no poseía todavía una clara y funcional conciencia de clase, cuestión que se demoró hasta que la Guerra de Independencia les hiciera enfrentarse "con su propio destino". El estudio de estas tres generaciones pertenecientes a la Junta Particular, el análisis de sus edades, sus procedencias sociales y geográficas y sus respuestas a las diversas coyunturas, permiten concluir a Vicens una primera imagen de la burguesía barcelonesa setecentista: había sido dinámica y emprendedora, creado riqueza y modificado aspectos puntuales de la economía catalana, pero no fue ella la destinada a finiquitar el Antiguo Régimen.

33.- J.Vicens Vives, "Coyuntura económica y reformismo burgúes", en *Estudios de Historia Moderna*. (1954). Hay reedición en la recopilación de artículos de Vicens que da título al volúmen *Coyuntura económica y reformismo burgúes*. Barcelona, 1968.

34.- J.Vicens Vives, *Industrial i Politics*. Barcelona, 1958

35.- A.Sánchez, "La burguesía catalana del siglo XIX en la obra de Jaume Vicens Vives" en *Manuscrits*, n 3, (1986), pp 42-75

36.- V.V.A.A. "Jaume Vicens Vives (1910-1960)", *L'Avenç* n 83 (1985).

37.- J.Vicens Vives, "Coyuntura económica...", pp 25-27

De alguna manera, por sus propias motivaciones políticas de fondo, Vicens mostraba una actitud investigadora más crítica y planteaba una serie de interrogantes sobre la actuación de la burguesía setecentista. A partir de ahora, en buena medida, se tratará de estudiar a los grandes mayoristas para intentar escudriñar sus propias limitaciones con respecto a un posible cambio social y político que rompiera con el feudalismo desarrollado. Los comerciantes mayoristas y el capital comercial se situaban en el centro de la cuestión del cambio histórico en Cataluña. Los comerciantes del Setecientos habían preparado al toro pero no eran ellos los que podían rematar la faena. Vicens se convertía, desde esta perspectiva, en el investigador que centraba las preguntas fundamentales, dejando atrás, a pesar de sus posibles simpatías personales, el discurso hagiográfico y complice que le había precedido. Vicens había inaugurado una nueva senda.

En buena parte, las investigaciones de P. Vilar vendría a moverse, paralelamente, dentro de esta onda de preocupaciones. No es este el lugar para resumir las diversas aportaciones del hispanista francés al estudio de la estructura comercial y de los comerciantes catalanes, pero sí resulta evidente que sus reflexiones se dirigen más hacia el primer aspecto que hacia el segundo. Esta es la gran aportación de Vilar que posee carácter de indispensable: el establecimiento dialéctico de la estructura comercial catalana en el marco de las diversas coyunturas por las que fue pasando la actividad mercantil setecentista. Vilar nos ofrece la organización comercial y sus vaivenes, mostrando cómo hombres, coyunturas y establecimiento definitivo de estructuras son una trilogía indisociable.

En el caso de los primeros, el núcleo de las investigaciones de Vilar es el trabajo sobre la familia Alegre a la que dedica, como valor de síntoma y de signo, una buena parte del cuarto volumen de su obra. Un análisis minucioso que se centra, primordialmente, en los mecanismos de acumulación de capital de la familia y en los diversos instrumentos organizativos para posibilitarlo. Pero creo que no es ocioso decir que Vilar detiene ahí su dedicación al estudio social del grupo burgués, y a pesar de las innumerables noticias que hay a lo largo de su obra, creo que no es arriesgado afirmar que eso hubiera sido el quinto tomo de su *Catalunya dins L'Espanya moderna*. A Vilar le preocupó más escudriñar las bases, el funcionamiento y los vaivenes del capital comercial que no el elemento humano. El mismo lo explica en las últimas líneas de su obra:

“Per damunt d'ells (se refiere al conjunto de los grupos productivos del Principado), alguns personatges homes nous, encara cap al 1715 han franquejat ràpidament, i han franquejar a llurs famílies i a llurs grups, els esglaons del negoci i de la jerarquia social. Han creat a mitjan segle, aquests grans cossos collectius que, nascuts del progrés regional, s'en distribuïran la càrrega i acabaran per creure-se'n, de bona fe, els autors. Son sempre, a la fi del segle XVIII, en el sentit ple del terme, una “burguesía mercantil” que, encara força sovint, mira cap a la noblessa i n'imita la forma de vida. ¿Escolliran, en adoptar amb tota claretat de visió la inversió industrial, en posarse al capdavant de la transformació tècnica, la via anglesa, la via d'una altra societat?... ¿Quina funció exercirà a Catalunya aquest grup català tan fortament cristallitzat pel seu ràpid creixement?. Encara no els hem vistos actuar. Però primerament calia veure'ls neixer i viure, veure'ls produir i acumular” (38).

Me he detenido en reproducir estas largas y conocidas afirmaciones por su importancia y contenido. Vilar confiesa en ellas varias cosas y plantea las preguntas que van a centrar parte de las investigaciones posteriores. Nos dice lo que se ha hecho: estudio de la formación del capital comercial desde el análisis de las estructuras que lo componen (barca, compañía, tráfico, etc) y desde el estudio minúsculo de una célula de funcionamiento, los Alegre. Y nos anuncia asimismo lo que queda por hacer: verlos actuar. Pero, en esas mismas líneas, Vilar nos ofrece también su imagen básica de aquellos grandes comerciantes. Al socaire de la bonanza económica, y fundamentalmente en torno al gran comercio, va creándose un grupo social de élite que encuentra rápidas vías de consolidación institucional. Un grupo híbrido, con elementos nuevos y viejos, una clase en proceso de formación. Un grupo ciertamente dinámico, cuya actuación futura dependerá en buena medida de las propias coyunturas económicas. Dato este relevante para precaverse de cualquier interpretación teleológica sobre el papel de los burgueses comerciantes en la historia de Cataluña. En toda esta situación, además, el Estado ocupó un lugar importante, pero para Vilar, y ello es comprobable a lo largo de su obra, el verdadero papel protagonista lo ocupó la iniciativa social de la burguesía mercantil. El problema central quedaba establecido en si el comportamiento de esa burguesía, en especial frente a la industria, permitiría poner al país en el camino de la industrialización y la modernidad.

Tanto Vicens como Vilar situaban las cosas en una nueva dirección, en una perspectiva historiográfica diferente: el tema central del estudio de la burguesía comercial debía ser el de su papel en el tránsito hacia la sociedad capitalista y para ello era necesario profundizar en las características del grupo. Había que averiguar que hicieron en tiempos de la “revolución” y para eso era indispensable la historia de su formación como grupo. Las preguntas básicas quedaron establecidas: ¿Fueron los grandes mayoristas catalanes del Setecientos los que llevaron a cabo el primer proceso industrializador catalán? ¿Fueron esos mismos grandes comerciantes los que se alistaron en las filas antif feudales? ¿Trajeron consigo los aires del liberalismo y contribuyeron a sentar las bases políticas de la “revolución burguesa” en España o bien al contrario se inhibieron en ese proceso? Más que estudiar la acción concreta de los comerciantes, parecía reclamarse el estudio de las consecuencias de sus acciones desde una historia que el historiador ya sabía como había transcurrido, no sólo entre nosotros sino en comparación con otros países. Desde luego, seguía existiendo el peligro de estudiar el comportamiento de los mayoristas desde la historia de la industrialización, queriendo explicar sus actitudes en función de su exclusiva contribución a esta.

Estas preguntas, formuladas por los dos maestros, fueron en buena parte recogidas por la producción historiográfica de Josep Fontana. Aunque su marco de interpretación se circunscribe al conjunto de la Monarquía, parece evidente que en el análisis de la toma de conciencia política de la misma, Fontana tiene en la retina, fundamentalmente, a la burguesía comercial e industrial catalana de finales de la centuria y principios del XIX. Y me atrevería a decir que es esta última la que más juego tienen en sus conclusiones.

Una primera formulación de sus posiciones nos la ofrecía en su libro clásico *La Quiebra de la Monarquía absoluta* (39). Aun reconociendo que el propio calificativo de “burguesía” era problemático para un grupo social que no tenía conciencia clara de sí mismo, Fontana afirma que su preocupación prioritaria de su propia identidad y de las diferencias de intereses que la oponían, a finales del siglo, con el Antiguo Régimen. Por ello, justifica una definición amplia y vaga de burguesía: “...los empresarios que se encontraban ligados a las formas propias del

capitalismo. Unas formas que en la España del siglo XIX estaban vertebradas en buena medida sobre el comercio exterior". Así definida, esta burguesía no tuvo una actitud revolucionaria, pese a alimentarse de las mismas fuentes ideológicas y culturales que su homóloga francesa. Su cambio de actitud ante el Absolutismo solo vino cuando:

"...la pérdida de la parte más importante de los mercados coloniales arruinó el sistema de tráfico en que se basaba la prosperidad burguesa (y, lo que acababa de ser decisivo, cuando la debilidad del régimen demostró que era incapaz de recuperar las pérdidas coloniales), estos mismos comerciantes y fabricantes, obligados a orientar su actividad hacia su propio país, no pudieron seguir eludiendo tomar partido acerca de la necesidad de efectuar profundas reformas en él..." (40)

El historiador catalán formulaba así sus primeras señas interpretativas: la actuación de la burguesía tenía que estudiarse a la luz de causas político-económicas y no de cuestiones de mentalidad.

La burguesía no fue revolucionaria mientras no lo precisó, mientras el Estado le aseguró con su poder parte de la tajada, mientras las trabas del sistema no impedían su desarrollo. Cuando el mecanismo que permitía todo eso, como pieza nuclear, se tambaleó (es decir cuando se perdieron irremisiblemente las colonias), la burguesía se lanzó sobre el viejo orden que impedía el desarrollo de las fuerzas productivas que a ella le beneficiaban en primer lugar: había que acabar con los inconvenientes institucionales que impedían la estructuración del mercado interno. En otra de sus publicaciones clásicas, Fontana argumentaba que fue precisamente en la crisis finisecular cuando se tomaron las armas ideológicas francesas para combatir el viejo sistema y se rompió el acuerdo tácito entre parte de la clase dominante feudal y la burguesía. Esta última planteó, definitivamente, una diferente estrategia para el desarrollo integral del país (41).

Fontana ponía sin duda el dedo en la llaga: la burguesía no fue revolucionaria hasta que económica y políticamente fue necesario y conveniente. La conciencia la tomó en el transcurso del tiempo y en el marco de los enfrentamientos. Esta nueva visión se alejaba mucho de los viejos planteamientos aduladores y cómplices de la burguesía y también de las tesis braudelianas de "traición de la burguesía" que circulaban entre otros historiadores españoles, como más adelante veremos. Ahora bien, las tesis de Fontana que iban a convertirse en verdadera guía de investigaciones, por sus propias características de generalizantes, había algunos inconvenientes para la definición y comprensión de la burguesía española en general y la catalana en particular.

Con respecto a esta última, tres son los inconvenientes que cabe mencionar. Primero, que centra su análisis a la actuación burguesa en la crisis del Antiguo Régimen, con lo que en realidad no ofrece nuevos datos sobre el comportamiento de los grandes mayoristas durante la centuria. Segundo, la definición misma de burguesía: remitiéndola fundamentalmente a empresarios ligados a actividades capitalistas. Tal apuesta obliga a pensar que sólo hay burguesía donde hay capitalismo, dejando así, en cierta forma, en fuera de juego a la élite burguesa de la que nos estamos ocupando. Por último, sus afirmaciones aparecen efectuadas en gran medida desde las opiniones y las referencias de la burguesía industrial catalana, dejándonos la razonable duda de si dichos comportamientos fueron los que definieron también a la élite de la burguesía comercial catalana.

40.- *Ibidem...* p 220.

41.- J.Fontana, *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*. Barcelona, 1973, pp 41

Dicho en breve, Fontana nos propone una interpretación sintética de la actuación de la burguesía española de finales de la centuria y principios del XIX, basada principalmente en el modelo de actuación de los industriales catalanes ligados a las primeras empresas capitalistas. Como corolario, ofrecía pistas interpretativas sobre la actuación de la burguesía española de carácter comercial, pero no acababa de solucionar (cosa que no estaba desde luego en sus planes), el problema de la pléyade de burgueses dedicados a los negocios en la centuria ilustrada. Para toda la Monarquía proporcionaba un paradigma interpretativo. Para Cataluña se ponía en el camino de las preguntas formuladas por Vicens y Vilar en cuanto al papel jugado a finales del siglo por una parte de la burguesía catalana, pero quedaba por solucionar la caracterización global del grupo más poderoso: el de los grandes mayoristas. Y restaba por aclarar en qué medida pudieron secundar estas acciones. ¿Acompañó Miláns a Rull por la senda del liberalismo?

7. No estoy seguro que la mayor parte de las investigaciones que siguieron a las apuestas de Vicens, Vilar y Fontana, tuvieran la dirección más adecuada en cuanto a los problemas fundamentales a resolver. Lo que sí resulta evidente es que, en los últimos quince años, la proliferación de estudios que directa o indirectamente nos ofrecen datos para una mejor caracterización de los grandes mayoristas catalanes ha ido experimentando un continuado auge. Atendiendo al objeto de estudio y a las líneas prioritarias de interés, dos han sido las tradiciones, formalmente diferentes pero complementarias, que en estos últimos tiempos nos han venido a informar de los grandes mayoristas.

La primera de las tradiciones ha sido la que ha tenido como eje principal de inspiración la obra de Vilar. Se refiere a una tradición centrada en los temas económicos, en el análisis de las estructuras materiales de la Cataluña del XVIII. Y naturalmente, en todo aquello que se refiera a la vida económica, es difícil que los estudios proporcionen datos acerca de la participación de unos mayoristas que con su dinamismo frecuentaron todos los ámbitos de la economía catalana.

Línea prioritaria de investigación ha sido la estructura comercial catalana desde 1680 a 1845. Después de Vilar, el primero en iniciar las investigaciones heurística convincente y con un marco de problemas bien trazado, fue C. Martínez Shaw. Varias han sido sus aportaciones en las que los comerciantes emergían con sus actuaciones: desde el establecimiento de las bases estructurales del tráfico del Principado al inicio de la recuperación catalana del XVIII, hasta el estudio de las relaciones que los comerciantes establecieron entre Cataluña y Andalucía; desde la participación de los mayoristas en la construcción naval hasta la aportación de capitales de los mismos a la incipiente industria algodona (42).

José María Oliva cogía la investigación allí donde la dejaba Martínez Shaw, en 1756. A partir de esa fecha, Oliva Melgar ha analizado el comercio privilegiado que se nucleó en torno a la Compañía de Barcelona y la labor realizada por los grandes comerciantes en la organización de la misma, mostrándonos la eficacia de ésta para un determinado periodo del desarrollo comercial de Cataluña, y su propio decaimiento cuando las circunstancias cambiaron (43).

42.- Entre la extensa producción de Carlos Martínez Shaw, podemos encontrar numerosas noticias y frecuentes interpretaciones sobre la tarea de los grandes mayoristas. Cabe destacar para nuestros fines: "El tercio de frutos en la Flota de Indias en el siglo XVIII", en *Anuario de Estudios Americanos* (1973), pp 563-592; "La procedencia de los capitales en la industria naviera catalana del siglo XVIII, en *Archivo Hispalense* n 171-173 (1973), pp 201-211; "Las relaciones entre Cataluña y Andalucía en el siglo XVIII", en *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna*. Córdoba, 1976. vol. III, pp 336-347; "El comercio marítimo de Barcelona (1675-1712). Aproximación a partir de las escrituras de seguros", en *Estudios Históricos y Documentos del Archivo de Protocolos*. Vol VI (1978), opop 287-310; "Construcción naval y capital mercantil; Mataró 1690-1790", *Estudios Históricos i Documents dels Arxius de Protocols*. n 8 (1980), pp 223-236; *Cataluña en la Carrera de Indias*. Barcelona, 1981.

43.- J.M. Oliva, "La aportación catalana a la Carrera de Indias en el siglo XVIII", en *Actas del I Congreso de Huistoria de Andalucía, Andalucía Moderna*, tomo III, pp 336-347; *Cataluña y el comercio privilegiado con América*. Barcelona, 1988

Asimismos, de muy interesantes puede calificarse las reflexiones ofrecidas acerca de la opinión de los grandes mayoristas ante el comercio libre de Barlovento, cuestión esta que nos ayuda a aproximarnos al simple difícil y resbaladizo terreno del pensamiento económico de los comerciantes y de su proceso de toma de conciencia de grupo (44).

Desde este mismo terreno de la historia económica, M. Andreu Vidiella y J.M. Delgado recogieron algunos de los temas avanzados por Martínez Shaw para la primera mitad del siglo. Andreu Vidiella abordaba, en sus tesis de licenciatura, la financiación de la industria naval catalana entre 1745 y 1760 (45). Lo propio efectuaba Delgado al ocuparse del mismo tema para el período que transcurría entre los decretos de Libre Comercio de 1778 y la crisis finisecular, que en buena parte acabó con el modo de financiación hasta entonces imperante (46). En ambos casos el papel de los grandes comerciantes en el mantenimiento financiero de este tipo de industria se mostró fundamental, dado que los mayoristas eran uno de los sectores sociales con mayor disponibilidad de capital y más interesado, lógicamente, en el desarrollo de un tipo de industria indispensable para el ejercicio de su oficio. Posteriormente, Delgado ha ampliado sus investigaciones al conjunto de la estructura comercial catalana a partir de la promulgación de los citados decretos. En este sentido sus informaciones sobre la burguesía resultan de carácter aislado aunque interesantes por lo que tienen de implicación directa con las actitudes económicas de los mayoristas en la segunda mitad del siglo (47).

El relevo en el estudio de la estructura comercial lo ha tomado J.M. Fradera para el caso de la primera mitad del XIX, al plantearse conocer los cambios que se dieron en el tráfico mercantil catalán después de la pérdida de las colonias. Así, es especialmente interesante el análisis de los planteamientos doctrinales y prácticos de la burguesía encuadrada en la Junta, que Fradera analiza a través de la opinión de dos de sus más destacados hombres: Bonaventura Gassó y Guillem Oliver. Estudio que nos muestra las vacilaciones y las dificultades que tuvo que pasar la burguesía catalana hasta poder contar con un modelo holístico de comprensión de la nueva realidad económica y política que la crisis de las antiguas estructuras había posibilitado (48).

Pero no sólo el terreno de la industria naval y del tráfico marítimo mereció la atención de la burguesía comercial. Durante toda la centuria otras esferas de la vida económica provocaron su interés. Por ello, la tradición historiográfica de corte económico, al estudiar esos sectores, ha encontrado a los grandes comerciantes como actores de primerísima fila. Así le ha ocurrido a F. López Jordà en su meritorio trabajo sobre los inicios de las compañías de seguros en Barcelona durante el período 1772-1787, en el que nos muestra las dificultades, crisis y desapariciones por

- 44.- J.M. Oliva, "La burguesía barcelonesa ante el Decreto e Instrucción de Comercio Libre de Barlovento", *Actes del Primer Congrés de Historia Moderna de Catalunya*, vol I, pp 601-610.
- 45.- M. Andreu Vidiella, "La financiación de la industria naval en Barcelona (1745-1760)", en *Pedralbes*, n 1 (1981), pp 267-293.
- 46.- J.M. Delgado, *La Flota catalana del Comercio Libre (1788-1804); Un caso de acumulación previa*. Tesis de licenciatura inédita. Barcelona, 1977.
- 47.- J.M. Delgado, "Comercio colonial y fraude fiscal en Catalunya, 1778-1808: algunas consideraciones entorno a los registros de Libre Comercio", en *Estudios Históricos y Documentos del Archivo de Protocolos*. n VI (1978), pp 311-326; "América y el comercio de Indias en la historiografía catalana, 1892-1978", en *Boletín Americanista*. n 28 (1978), pp 179-188; "Auge y decadencia de la marina colonial catalana", en *Boletín Americanista*, n 29 (1979), pp 31-64; "Comerç i reformisme borbònic: els Decrets de Lliure Comerç", en *L'Avenc*. n 15 (1979), pp 24-28; *Cataluña y el sistema de Libre Comercio (1778-1818); una reflexió sobre las raíces del reformismo borbónico*. Tesis doctoral inédita. Barcelona, 1981; "La construcció i la indústria naval a Catalunya, 1750-1820", *Recerques*. n 13 (1983), pp 45-64; "El impacto de las crisis coloniales de la economía catalana (1787-1807)", en J. Fontana, ed, *La economía española al final del Antiguo Régimen. Comercio y colonias*. Madrid, 1983. vol III, pp 97-170; "Libre comercio: mito y realidad", en T. Martínez Vara, ed. *Mercado y desarrollo económico en la España Contemporánea*. Madrid, 1986, pp 69-85.
- 48.- J.M. Fradera, *Industria i Mercat. Les bases comercials de la indústria catalana moderna (1814-1845)*, Barcelona, 1987, especialmente, pp 195-229.

las que pasaron los primeros intentos de prácticas financieras mancomunadas que proyectó la élite de comercio catalán (49). O a M. Arranz al analizar los arrendamientos estatales en los que participó una parte de los mayoristas barceloneses con indudables y saneados beneficios. (50)

Igualmente, los trabajos realizados sobre la formación de la industria catalana moderna nos han dado valiosas informaciones sobre el papel que los grandes comerciantes jugaron en la industrialización. Desde los estudios pioneros de P. Romeva Ferrer ya reseñados, pasando por la aportación ya mencionadas de C. Martínez Shaw sobre el estímulo que el comercio colonial supuso para las nuevas industrias algodoneras (51), hasta llegar a la magnífica investigación realizada por M. López Guallar y R. Grau del siglo XVIII (52). Trabajos todos ellos que nos revelan hasta que punto los mayoristas tuvieron en el mundo industrial uno de sus principales focos de beneficios. Como veremos más adelante, Alejandro Sánchez se ha encargado de redondear este tema desde una línea historiográfica distinta.

Por diversas noticias indirectas sabemos que los comerciantes catalanes se interesaron también por otros negocios. Desgraciadamente, en este sentido, nuestra información es mucho menor cuando no inexistente. Tenemos grandes lagunas sobre la participación de los burgueses comerciales en la propiedad de la tierra, aunque, afortunadamente, Vilar nos ha dado pistas inequívocas de su interés por los arrendamientos agrariso (53). Menos sabemos del interés de los mayoristas en todo tipo de arrendamientos públicos, pese al esfuerzo realizado por P. Molas en el caso de Barcelona (54), y prácticamente nada en el tema de las inversiones en la propiedad inmobiliaria.

Con todo, bien puede decirse que la tradición historiográfica de corte básicamente económico, al seguir las huellas dejadas por Vilar, nos ha proporcionado un campo informativo sobre las actividades económicas de los comerciantes de indudable interés y valor. Y aún más. En muchos de estos trabajos la información nos ha venido acompañada de un marco interpretativo que sitúa a los grandes mercaderes en el centro nuclear de buena parte de la actividad económica de Cataluña durante el siglo XVIII y un amplio período del XIX. La conclusión más general es que nada se hizo en economía sin contar con la élite comercial burguesa. Una historiografía bien alejada de la que durante años vió en los comerciantes los grandes actores de la patria. Una historiografía en la que esos actores son, ante todo, actores económicos. Se trataba, antes que nada, de abordar el papel del capital comercial y su función histórica en la transición del feudalismo al capitalismo.

8. Pero creo que no es difícil llegar al acuerdo de que esta tradición económica no tenía, como punto de mira central de su plan de investigación, el análisis de los comerciantes como grupo social diferenciado. Han sido, pues, otros historiadores los que se han propuesto escudriñar la labor de los grandes comerciantes, sus modos de vida, orígenes y realizaciones, como campo idóneo para remitirse a la idiosincracia de los grandes mayoristas y a su papel en la historia de Cataluña.

49.- F. López Jorda, *Los inicios de las Compañías de Seguros en Barcelona, 1772-1787*, Barcelona, 1974. Tesis de licenciatura inédita.

50.- M. Arranz, "Demanda estatal i actividad económica a Catalunya sota el primers borbons (1714-1808)", en *Primer Congrés de Historia Moderna de Catalunya*, vol II, pp 259-274.

51.- C. Martínez Shaw, "Los orígenes de la industria algodononera catalana y el mercado colonial", en J. Nadal y G. Tortella (ed), *Agricultura, comercio colonial y crecimiento económico en la España contemporánea*. Barcelona, 1974, pp 243-267.

52.- M. López y R. Grau, "Empresari capitalista i manufactura catalana del segle XVIII. Introducció a l'estudi de les fàbriques d'indianes", en *Recerques*, n 4 (1974), pp 19-57.

53.- P. Vilar, *Catalunya dins...*, vol III, pp 333-369 y 481-550.

54.- P. Molas, "Els arrendaments publicas a la Barcelona del set-cents", en *Cuadernos de Historia económica de Cataluña*. n VI (1971), pp 89-111.

Pioneros en este tipo de estudios, contemporáneos del interés del propio Vicens por estos temas, son los trabajos de J. M. Ramón de San Pedro sobre dos afamados burgueses catalanes: el polifacético indiano José Xifré Casas y el comerciante Gaspar Remisa (55) y los apuntes de Y. Roustit acerca del mayorista francés afincado en Barcelona Raymond Durand (56). El caso del primero es un buen ejemplo de los biógrafos que acaban rendidos en simpatía hacia sus propios personajes, a quienes presentan como verdaderos hacedores de la patria, dado su carácter de empresarios emprendedores y polifacéticos.

Ahora bien, no será hasta la década de los setenta cuando los estudios sociales sobre la burguesía catalana adopten un carácter historiográfico moderno y riguroso. Estudios que seguirán en buena medida las directrices heurísticas e interpretativas de J. Vicens Vives. En esta tradición cabe situar la aportación de J. Jacob al examinar los comerciantes matriculados de la Junta Particular de Comercio. Jacob aborda la construcción de genealogías familiares como medio para aproximarse al origen social y geográfico de los comerciantes, completando así los primeros datos ofrecidos por el propio Vicens (57). Trabajo este de una magnífica utilidad documental, aunque exento de hipótesis que comprobar y alejado por tanto del campo de la interpretación.

Sin duda, labor más constante y sistemática ha sido la realizada por P. Molas Ribalta acerca de la historia social de la burguesía barcelonesa. En otro lugar hemos expuesto, someramente, su visión de la burguesía mercantil española del Antiguo Régimen, pero resulta evidente que su más elaborada producción viene referida a las clases sociales catalanas (58). Desde su primogénito estudio sobre los gremios barceloneses en 1970, hasta su última producción referida a la burguesía mercantil española, Molas ha trazado un camino que lo convierte en un destacado representante de los estudios de historia social en España.

Desechando en la práctica la vida económica de los comerciantes, puede decirse que tres han sido las grandes preocupaciones de Molas Ribalta en sus estudios. Primero, el análisis de la estructura familiar y de las redes de parentesco que unían a los diversos sectores burgueses. Segundo, la relación de la burguesía con otros grupos sociales, preferentemente los gremios (al estudiar el origen) y la nobleza (al analizar el ascenso social burgués). Cuestión esta que culmina en buena parte la tesis doctoral de M. A. Cilleruello al estudiar la procedencia social de la nobleza setecentista (59). Y, por último, siguiendo las líneas trazadas por Carrera Pujal, y sin duda superando su anacrónica historiografía, Molas ha sido el más destacado estudioso de la base social de los Tres Cuerpos de Comercio y del funcionamiento institucional de los mismos. Estudio que tiene el mérito de haber sido realizado comparativamente tanto con otras organizaciones similares del resto de España como con la Junta General de Comercio y Moneda. Es también de destacar

- 55.- R. de San Pedro, *El marqués de Remisa. Un banquero de la época romántica*. Barcelona, 1953. *Don José Xifré Casas. Industrial, naviero, comerciante, banquero y benefactor (1777-1856)*. Barcelona, 1956.
- 56.- Y. Roustit, "Raymond Durand a Barcelona. Les relations commerciales entre France et la Catalogne pendant l'occupation napoléonienne", en *Estudios de Historia Moderna*. VI (1960), pp 313-410.
- 57.- J. Jacob, *Un sector de la burguesía catalana en el siglo XVIII; los comerciantes matriculados*. Universidad de Barcelona, 1969. Tesis de licenciatura inédita.
- 58.- La producción de P. Molas en torno al estudio social de los comerciantes y sus instituciones, es amplia y variada. Las más relevantes a nuestros fines son: *Los gremios de Barcelona en el siglo XVIII*, Madrid, 1970; "El gremi d'Igualada a la fi de l'Antic Règim", en *Miscelania Aqualatensis*, n.2. Igualada, 1974; "El Consolat del Mar i la Nova Planta (1714-1758)", en *Homenatge a Don Juan Reglá Campistol*. Valencia, 1975, pp 43-53; *Economia i Societat al segle XVIII*. Barcelona, 1975; "La Junta de Comercio de Barcelona: sus precedentes y su base social (1692-1808)", en *Anuario de Historia económica y social*. n.3 (1975), pp 235-281; "De la burguesía comercial a la burguesía industrial", en *Universitat Tarraconensis*. n.2, (1977); *Comerç i estructura social...*, pp 172-299; *La burguesía mercantil en la España del Antiguo Régimen*. Madrid, 1985, pp 150-170.
- 59.- M. A. Cilleruello, "Ennoblecimiento de Cataluña en el siglo XVIII", en *Primer Congrés de Historia Moderna de Catalunya*, vol II, pp 233-243; *La nobleza catalana en el siglo XVIII*. Barcelona, 1984. Tesis doctoral inédita.

su interesante trabajo sobre los comerciantes y tenderos de Mataró en el siglo XVIII, en especial su análisis de las familias más destacadas (60).

Méritos informativos aparte, me interesa destacar en esta breve exposición que las aportaciones de Molas parecen sumergidas siempre en una interpretación bifronte del papel de la burguesía. No resulta extraño que muestre su admiración el grupo, por sus realizaciones, por su carácter emprendedor y su talante "progresista" en diversos pasajes de su obra al referirse a determinados temas. Pero, al tiempo, no es tampoco inusual que le "reproche" a la burguesía mercantil su "falta de interés" por las cuestiones fabriles y su excesivo entusiasmo por el ennoblecimiento. A mi juicio, esta situación viene directamente derivada de la concepción de fondo de Molas, que no es otra que la interpretación voluntarista y teleológica de F. Braudel en sus tesis sobre la "traición de la burguesía". La burguesía barcelonesa fue emprendedora y dinámica, pero, al contrario que en otros países, no llegó a cumplir con satisfacción su verdadero y fundamental papel en la obra de industrializar y modernizar el país cuando parecía estar en condiciones para hacerlo.

Siguiendo las huellas de esta corriente de trabajos de historia social, en la década de los ochenta, una serie de monografías acerca de destacadas dinastías de la burguesía comercial barcelonesa han visto la luz. Al margen del estudio de los Alegre efectuado por P. Vilar, una generación de jóvenes historiadores centraban su atención en comprender como funcionaba globalmente una célula del cuerpo burgués. Mi propio trabajo sobre la familia Glòria (61), el de P. Anguera sobre los Grases (62), el de M.C. Bencomo acerca de la más importante de las sagas de comerciantes catalanes, es decir los Miláns (63) y las más recientes investigaciones sobre el comercio de la colonia genovesa, centrada en la familia Bensi, efectuada por J.C. Maixé, cuyo mérito central es mostrar la importancia de la presencia extranjera en nuestro tráfico comercial, iban en esta misma dirección (64).

En todas estas investigaciones se intenta poner un mayor énfasis por la integración globalizadora de los diversos aspectos económicos, sociales, culturales e ideológicos que en el seno de una unidad familiar comercial permitían su funcionamiento cotidiano. Aprovechando las fuentes contables y los protocolos notariales, se ha intentado el acercamiento al estudio global de la burguesía comercial catalana del XVIII, mediante un análisis microscópico y profundo de casos particulares.

En esta misma línea cabe citar dos investigaciones que vienen referidas directamente a la burguesía fabril. La primera es la realizada por R. Alier sobre el comerciante, industrial e ilustrado Joan Pau Casals (65). La segunda, es la de A. Sánchez Suárez sobre los Rull, destacada familia de fabricantes algodoneros (66). Más recientemente este mismo autor ha elaborado, en su tesis

60.- P. Molas Ribalta, *Societat i poder polític a Mataró, 1718-1808* Mataró, 1973.

61.- R. Fernández, "La burguesía barcelonesa en el siglo XVIII: la familia Gloria", en P. Tedde ed. *La economía española a finales del Antiguo Régimen*. Madrid, 1983. vol II, pp 3-131.

62.- P. Anguera, "Sobre Josep i Francesc Grases i Gralla. Un comerciant i un advocat del segle XVIII", en *Estudis Històrics i Documents del Arxiu de Protocols*. VIII (1980), pp 245-252

63.- C.E. Bencomo, *La familia Miláns, Comercio y nobleza en la Cataluña del siglo XVIII*, Barcelona, 1982. Tesis de licenciatura inédita.

64.- J.C. Maixé, *Aproximación a la colonia genovesa. Un sector de la burguesía barcelonesa en el siglo XVIII*. Barcelona, 1985. Tesis de licenciatura inédita; "La colonia genovesa en Cataluña en los siglos XVII y XVIII: los Bensi", en *Primer Congrés de Historia Moderna de Catalunya*, vol I, pp 523-532.

65.- R. Alier, *Joan Pau Casals. Un ilustrado catalán del siglo XVIII*. Tesis de licenciatura inédita; "La fábrica d'indianes de la familia Canals", en *Recerques*, n 4 (1974), pp 59-93

66.- A. Sánchez, *Los fabricantes de Indianas de Barcelona finales del siglo XVIII y principios del XIX; la familia Rull*. Barcelona, 1981. Tesis de licenciatura inédita; "Los orígenes sociales de los fabricantes de Indianas. La familia Rull", en *Primer Congrés de Historia Moderna de Catalunya*, vol I, pp 779-788.

doctoral, un estudio global acerca de los fabricantes de indianas. En él se aborda, por primera vez en España, un análisis integrado de la formación histórica de los fabricantes algodoneros. Sus orígenes sociales y geográficos, su proceso de institucionalización a través de diversas organizaciones colectivas, el proceso de formación de fabricante, las actitudes inversoras de los mismos y la formación de una opción prohibicionista. Todo ello para subrayar la progresiva importancia económica, social y política, que esta franja de la burguesía catalana, débil durante buena parte del Setecientos, fue adquiriendo en el transcurso de la etapa final del feudalismo desarrollado (67).

Pero no se acaban aquí las aportaciones a la historiografía sobre la burguesía catalana. En este capítulo de las monografías, a partir de los años setenta, una serie de obras nos ofrecían interesantes aportaciones sectoriales. Se trataba en todos los casos del análisis concreto de empresas comerciales. En ellos, se intentaba arrojar luz sobre dos cuestiones. La primera afectaba al engranaje de las estructuras mercantiles a través de la pormenorización del funcionamiento de las compañías comerciales familiares. La segunda servía para ilustrarnos sobre determinados aspectos sociales de sus fundadores. Así nacieron las investigaciones de M.López Izquierdo sobre los March de Reus (68), de M.L. López Clúa referida a los Espar (69), de B.Gómez Elortegui acerca de la compañía Galofré (70), el trabajo realizado por M.Zylberberg sobre la presencia de la casa Huguet y Dupré en la Barcelona de finales del siglo (71), los diversos estudios realizados sobre los negocios de la familia Cortadella (72) y el análisis de M.Andreu Vidiella sobre el comercio de la familia Gener con el interior peninsular (73).

Por último, ya en la década de los ochenta, una serie de monografías nos informaban al unísono de las estructuras básicas de una ciudad y del comportamiento de su comunidad de comerciantes, al estilo de lo efectuado por Molas para Mataró. Habría el fuego una experiencia anterior en el tiempo protagonizada por J.Rovira Gómez al analizar la Altafulla del siglo XVIII y los mercaderes que actuaron en ella (74). A su vez, se iban a suceder, más recientemente, las investigaciones de F.Olivé sobre el Valls del XVIII y el comerciante de aguardientes Anton Baldrich (75), de J.M. Porta sobre la villa de Montblanc (76), de A. Segarra en referencia a la economía de Reus y el comercio del aguardiente (77) y de A. Jordà acerca de la economía y los

- 67.- A.Sánchez Suárez, *Los fabricantes de algodón de Barcelona, 1772-1839*. Barcelona, 1987." La formación de una política económica prohibicionista en Catalunyaña, 1760-1840", en *EspañiTemps*, n1, Lleida, 1988.
- 68.- M.López Izquierdo, *Comercio Catalán del siglo XVIII: El ejemplo de la Casa March de Reus*, Barcelona, 1972. Tesis de licenciatura inédita.
- 69.- M.L. López Clúa, *Francisco Espar y Cia: Ejemplo de Comercio colonial a fines del siglo XVIII*. Barcelona, 1973. Tesis de licenciatura inédita.
- 70.- B.Gómez Elortegui, *Comercio catalán en el siglo XVIII: El ejemplo de la casa Galofré y Cia de Barcelona*. Barcelona, 1973. Tesis de licenciatura inédita.
- 71.- M.Zylberberg, "Huguet i Dupré, una sociedad comercial de Barcelona (1796-1808)", *Recerques*, n 13 (1983), pp 91-117.
- 72.- Sobre la importancia simbólica de los Cortadellas ha venido insistiendo reiteradamente, en diversos escritos, Josep Fontana. Recientemente se han elaborado algunos trabajos parciales de desigual valor que nos informan acerca de la familia y de sus actividades económicas: A.Berga, *L'activitat comercial de la família Cortadellas de Calaf, 1750-1777*. Tarragona, 1985. Tesis de licenciatura inédita. M.Pijoan, *La factoria barcelonesa de la Companya d'Aragó, 1792-1801*. Tarragona, 1985. Tesis de licenciatura inédita. G.Pérez Sarrión, "Capital comercial catalán y pauperización aragonesa en el siglo XVIII. Los cortadellas y la Compañía de Aragón", en *Pedralbes*, n4. (1984), pp 187-233.
- 73.- M.Andreu Vidiella, "Catalunya i els mercats espanyols al segle XVIII: la Casa Ermengol Gener", en *Primer Congrés de Historia Moderna de Catalunya*. vol I, pp 533-545.
- 74.- J.Rovira, *Comercio catalán setecentista: los comerciantes de Altafulla en la segunda mitad del siglo XVIII*. Barcelona, 1974. Tesis de licenciatura inédita.
- 75.- F.Olive, *El Valls del segle XVIII i el comerciant d'aguardients Antón Baldrich i Janer*, Valls, 1981.
- 76.- J.M. Porta i Balanya, *La vila de Montblanc en el segon quart del segle XVIII*, Barcelona, 1986.
- 77.- A.Segarra, *L'economia de Reus al segle XVII; el comerç de l'aguardent*. Reus, 1988.

comerciantes de la Tarragona setecentistas (78). Creo que, méritos informativos a parte, y al margen de algunos problemas metodológicos que cabría reseñar, la principal aportación de todas estas investigaciones es haber sacado el tema de la burguesía comercial del ámbito barcelonés y habernos posibilitado, por tanto, una imagen más amplia geográficamente y más apurada social y económicamente de la élite burguesa, aunque, a fuer de ser sincero, todavía no estamos en condiciones de proceder a comparaciones rigurosas entre unas colectividades de comerciantes y otras.

9. Hemos dejado para el final de este somero repaso un tipo de aportaciones que han tenido muy poco seguimiento en nuestra historiografía. Todas las anteriores investigaciones han abordado la estructura comercial/industrial, pero apenas nos han informado del pensamiento económico que subyacía en la acción de la élite burguesa.

Tal tarea es la que ha llevado a cabo durante estos años, en buena parte en solitario, E. Lluch (79). Al investigar el pensamiento económico catalán entre 1760 y 1840, en el marco de la problemática de la toma de conciencia de la burguesía catalana a través de la "ideología" del proteccionismo, Lluch ha dedicado una parcial pero efectiva atención al pensamiento económico de los grandes comerciantes catalanes encuadrados en la Junta Particular de Comercio. Digo parcial, porque el estudio se ha efectuado a través del análisis de las aportaciones de los más brillantes pensadores (Capmany, Gassó u Oliver), vinculados a la institución, y no resiguiendo en el día a día las opiniones de la propia Junta, cuestión esta que, desde luego, se escapaba a los propios objetivos de su trabajo. Como fuere, el esfuerzo de Lluch no ha tenido una real continuidad. Y de momento debemos conformarnos con los grandes trazos y no con la letra menuda del pensamiento económico de la burguesía comercial.

10. Tenemos, pues, un estado historiográfico que difícilmente podría calificarse de desértico, como hacíamos para los dos primeros siglos de la modernidad, y que el tiempo puede ser considerado como el más satisfactorio entre los que atienden al estudio de la burguesía mercantil española en el Setecientos. El tema de élite burguesa comercial y/o industrial ha merecido siempre la atención de los historiadores y de la sociedad. Una atención que ha tenido en buena parte de esa historiografía, al menos hasta la llegada de Vicens y Vilar, a verdaderos propagandistas de la acción de los grandes mayoristas. Estudiosos vinculados orgánica y/o ideológicamente a los empresarios que buscaban, en las acciones de los comerciantes mayoristas del XVIII, el refrendo histórico para la burguesía de cada época, en especial la ligada a la Cámara Oficial de Comercio. El objetivo era claro: encontrar la continuidad entre pasado y presente como medio de justificar en este último las acciones de los empresarios, de justificarlas desde una perspectiva del interés nacional. La historia servía, en buena parte, para disimular y diluir los intereses de clase. Entre Gassó y Carrera Pujal hay una clara línea de continuidad pese a los guadianos historiográficos ya señalados.

Es evidente que nuevas necesidades políticas y nuevas teorías y métodos historiográficos ocasionaron un cambio de enfoque. Lo hemos personificado en Vicens y Vilar dado que es a partir de sus planteamientos cuando vuelve a abrirse la espita de las investigaciones y estas tienen un sesgo muy distinto. La diferencia entre ambos es sin embargo evidente. Vicens tiene en la cabeza no sólo un plan historiográfico sino una preocupación política y social que lo motiva: la historia de la burguesía como un acicate político nacional para la burguesía catalana de su tiempo. Vilar, por su parte, aunque no parte de los mismos planteamientos políticos, sí comparte parecido interés historiográfico, que no llega a desarrollar plenamente: el papel de la burguesía en la construcción

78.- A. Jordá Fernández, *Poder i Comerç a la ciutat de Tarragona al segle XVIII*. Tarragona, 1988.

79.- E. Lluch, *El pensament econòmic a Catalunya (1760-1840). Els orígens ideològics del proteccionisme i la presa de consciència de la burguesia catalana*. Barcelona, 1973.

de las bases materiales de la conciencia nacional catalana. Como tantas veces, política e histórica se dan la mano. Y la tradición monográfica que siguió a estos dos grandes maestros, aunque aparentemente aséptica, no ha sido ajena a estos planteamientos.

Lo cierto es que, con todo el conjunto de investigaciones de que hoy disponemos, es posible edificar un primer fresco de la burguesía mercantil catalana del siglo XVIII. Los comerciantes mayoristas que fueron forjándose como un grupo de grandes empresarios a lo largo de todo el XVIII, se nos muestran como un sector social minoritario, dinámico en lo económico, emprendedor en lo social, no exento de intereses culturales y políticamente pragmático pero machacón ante la administración. Un grupo económicamente potente, que acudía a todos los respiraderos inversores que fueran susceptibles de diversificar sus riesgos y de ofrecer beneficios. Un sector que cimentaba su poder económico y social, en buena medida, en una red de relaciones familiares que les servía para diferenciarse de otros grupos sociales. Hombres con una alta conciencia de sí mismos que les permitió institucionalizarse y forjar una de las juntas de comercio más potentes y dinámicas del XVIII español. Una Junta capaz de enfrentarse a las autoridades de la Monarquía en Cataluña, a los gremios o a los corredores de cambios. Capaz de cambiar sus relaciones con los patrones de barcos y meterlos en cintura. Un grupo que, en palabras de Vicens, era el único que de verdad merecía, junto con los comerciantes gaditanos, el calificativo de burguesía.

Pero, y en esto coincide la mayor parte de la historiografía de uno u otro sesgo, con una gran diferencia con respecto a estos últimos y al resto de los núcleos burgueses peninsulares: la gran burguesía comercial catalana tuvo un comportamiento mucho más “progresista” que sus colegas, en especial en su papel con respecto al despegue industrial de Cataluña. Ella fue en realidad la que animó e impulsó la industria algodonera de indianas que más tarde se revelaría como el sector más dinámico y rupturista, con respecto al régimen del feudalismo desarrollado, de la economía catalana y española. Y con otra importante diferencia: no fue suntuosa ni despilfarradora como la de Cádiz, sin un ápice de conciencia “regional”, sin ninguna preocupación por el desarrollo de la Andalucía occidental. No fue económica y socialmente conservadora sino que supo asumir riesgos y enfrentarse a ellos superándolos, o al menos remontando los fracasos.

Es por ello que, en Cataluña, esa burguesía ha sido punto de referencia de las generaciones burguesas sucesivas, siendo tomada como un claro paradigma de “clase nacional” que en sus acciones provocaba el crecimiento económico y el desarrollo social enepicioso para el conjunto del país. Es más, en la burguesía setecentista, pueden ya adivinarse las virtudes del trabajo y el ahorro, la inversión prudente pero decidida, el espíritu de cooperación y de pacto. La burguesía comercial fue, en buena medida, el principal baluarte de la recuperación nacional tras la guerra de Sucesión y, aunque tímidamente, sus instituciones fueron defensoras de los derechos históricos de Cataluña. Y, sobre todo, algo muy importante, los mayoristas catalanes fueron distintos a los del resto de España, como clara demostración de las diferencias existentes entre los diversos “caracteres nacionales” que siempre han convivido en España.

Esta es todavía hoy, a mi juicio, la imagen histórica dominante. Entiéndase bien, no es que se diga eso explícitamente en todas las obras que hemos reseñado. Ni mucho menos. Estas afirmaciones aparecen sólo en algunas de ellas y la verdad es que han tendido a ser matizada en los últimos años. Lo que quiero reivindicar es que ese es el fresco que una buena parte del conjunto de la historiografía ha dejado traslucir a la intelectualidad catalana y española. Se diga explícitamente, o se lleve al lector a esa conclusión, lo que flota en el ambiente, permítaseme la expresión, cuando se lee la historiografía sobre la burguesía comercial española del Setecientos es algo que podría expresarse, de forma llana, en la siguiente exclamación: ¡Qué suerte ha tenido Cataluña de poseer una burguesía comercial tan emprendedora, tan poco “nobiliaria” y tan interesada por el bien del país!. A pesar de las quejas de algunos historiadores sobre la conciencia

política tan poco revolucionaria de nuestros burgueses, cuestión esta que J. Fontana ha situado en su sitio al afirmar que no lo fue hasta que precisó serlo, la mayoría coinciden en que, en buena medida, ella marcó la diferencia con el resto de España. Gracias a ello Cataluña modernizó antes su economía y su sociedad y se europeizó. La prueba de que la culpa del no desarrollo económico de España en el Setecientos, de la no ruptura definitiva con los límites del sistema feudal, la tuvo en buena parte (aunque no en exclusiva) la falta de espíritu burgués allí donde había burguesía, está en la comprobación contrafactual catalana. De entre otras parece que sólo la catalana, aunque quizá no plenamente, comprendió el reto que tenía delante, la "misión histórica" a cumplir.

Aunque no comparto buena parte de este paradigma historiográfico dominante, no puesto en cuestión por algunos desacuerdos en aspectos concretos, lo cierto es que su debilidad esencial estriba en un doble plano. El primero en una concepción de lo histórico que, en unos y otros, esta rayando constantemente lo teleológico, cuando no claramente traspasa sus fronteras: lo que era una misión a cumplir que no se ejecutó o bien se intentó a destiempo. El segundo plano que se me rebela como fundamental, es que esta imagen ha estado elaborada en medio de grandes vacíos empíricos, de falta de investigaciones. En el caso español esto se me antoja un hecho difícilmente refutable: la falta de monografías sobre las burguesías locales, aunque ha mejorado la situación notablemente en los últimos años, sigue siendo evidente (80). En el caso de la historiografía catalana, es asimismo evidente que pese a los estudios de aspectos parciales o de determinadas familias de comerciantes nos falta todavía una serie de análisis sobre determinados temas que nos permitan construir una interpretación integrada a las actuaciones de los burgueses, valoración que escape a cualquier tentación teleológica de lo histórico y a cualquier intento de funcionalismo en el estudio de las clases sociales.

Ignoramos todavía el número de comerciantes al por mayor que hubo, cuáles fueron sus jerarquías internas, cuantos años se mantuvieron en el trato. Tenemos una débil información de cuáles (cuándo y porqué) fueron sus inversiones en determinados sectores económicos. Mucho menos sabemos de la estructura de beneficios de las casas comerciales y la del conjunto de la burguesía. Su papel en la manufactura tiene todavía lagunas que cubrir. Sobre sus actuaciones sociales tenemos únicamente pequeños retazos. Falta un estudio profundo de la casa y la familia burguesa, una análisis apurado de los enfrentamientos que mantuvieron con otros sectores sociales. Incluso su actuación política cotidiana nos es prácticamente desconocida, con lo que el análisis de la creación de su conciencia de grupo todavía precisa muchos pasos a dar. En este sentido, aquello que parece más estudiado, el proceso de institucionalización el los Tres Cuerpos de Comercio, está pendiente todavía de un estudio global que vaya más allá de lo institucional y que tenga como meta la interpretación integrada de la tarea realizada por la Junta y los mayoristas a lo largo del siglo. La mentalidad y la vida cultural de los mayoristas son asignaturas pendientes a las que prácticamente nadie ha hincado el diente. Y, finalmente, creo que es indispensable un análisis globalizador e integrado de todos los anteriores elementos en el marco cronológico de la disolución del Antiguo Régimen, cuestión abordada hasta la fecha sólo parcialmente.

Únicamente cuando estos diversos aspectos estén plenamente investigados desde una teoría general sobre el devenir y cambio de las sociedades, podremos ofrecer una interpretación global e integrada del papel de la burguesía comercial catalana en la última etapa del feudalismo desarrollado en nuestro país. Mientras tanto, bien haríamos en mirar críticamente buena parte de los lugares comunes aceptados, no fuera que tuvieran más que ver con la ideología (nacional y/ o de clase) que no con la ciencia.

80.- Resulta imposible, en el marco de esta breve exposición, detallar las aportaciones recientes al estudio de la burguesía mercantil española del siglo XVIII. A tal efecto creo que puede ser útil consultar R. Fernández Díaz, *La burguesía comercial barcelonesa en el siglo XVIII*. Lleida, 1987. vol I, pp 213-327.